

que crece en el campo del mundo. ¿Debemos entender á los herejes y á los cismáticos, ó tan sólo á los malos católicos? Al decir que en medio mismo del trigo fué sembrada la destructora zizaña, parece que se indica á los de la misma comunión, á los que profesan las mismas doctrinas y están unidos con los vínculos de la Fé. Pero, por otra parte (continúa arguyendo el gran Padre de Hipona) como el campo de la parábola significa no sólo la Iglesia sino el mundo en general, bien puede designar la zizaña á los herejes, que en este mundo tratan con los fieles, comunican con ellos en la vida ordinaria, y se mezclan de continuo con ellos. Los que profesando la misma fé, son de costumbres depravadas y hábitos perversos, más se asemejan á la paja, que tiene el mismo fundamento y la misma raíz que el grano; y los cismáticos más bien debieran asemejarse á las espigas corrompidas, ó á las aristas secas y despedazadas que se arrojan lejos del granero.

El Crisóstomo, al exponer las palabras siguientes, manifiesta coincidir en opinión con el grande Agustín. Ved (nos dice) con qué tino y diligencia nos describe el Divino Maestro los ardides de los herejes, y nos traza, por decirlo así, su retrato: *cuando creció la yerba y produjo fruto, entonces apareció también la zizaña*. Al principio los que profesan el error procuran ocultarse, caminan bajo las sombras, disimulan los yerros, y fingen sentir como los católicos; pero apenas han adquirido alguna libertad, apenas han hecho prosélitos y empezado á propagar sus heréticas doctrinas, cuando arrojan la máscara, y roto el freno y abandonada la moderación, vierten sin rebozo todo el veneno.

Juzgad, Hijos míos, la sorpresa de los buenos labradores, al ver aparecer tanta zizaña en aquel campo que, no sin razón, esperaba ver cubierto de doradas espigas. Se acercan afligidos á su amo, y con acento dolorido le dicen: ¡Cómo, Señor! ¿no era buena simiente la que sembraste en tus feraces terrenos? ¿De dónde, pues, ha salido la zizaña?

Igual fué la sorpresa, el dolor y la exclamación de los Prelados de la América Española, al ver que el torrente de las perversas doctrinas había invadido por completo este hermoso verjel, que se confió á su pastoral cuidado. ¡Cómo, Señor! dijeron á una voz, ¿no es ésta aquella tierra privilegiada, donde el Evangelio echó tan profundas raíces que, apenas predicado, se levantaba ya lozano el árbol de la Fé? ¿No es ésta la tierra que se cultivó con tanto cuidado, que desde el estrecho de Magallanes hasta los más remotos confines del Norte, se observó por tres siglos tan estricta vigilancia, que ni un libro heterodoxo podía introducirse, ni un misionero herético podía impunemente arribar? ¿No es ésta la tierra en que, apenas destruidos los antiguos ídolos, se edificaron innumerables templos y monasterios, y floreció la piedad como en ninguna parte del antiguo mundo? ¿De dónde, pues, ha venido la zizaña que ahora pulula donde quiera? ¿Cómo es que la fé se encuentra tan amortiguada, la herejía protegida, y el indiferentismo tan diseminado, que es ya rarísimo en este suelo un verdadero católico? *Unde ergo habent zizania?*

Este es el grito desgarrador que á menudo eleva la madre de familia que ha educado con afán á sus hijos, que les ha imbuido las sanas máximas que nos inculca-



ron nuestros mayores, que les ha enseñado las prácticas religiosas y guiádoles con el ejemplo y con la palabra por el camino de la virtud. De repente los ve abandonar la casa paterna, entregarse á los vicios, proferir sentencias irreligiosas é inmorales, mostrarse discípulos de Satanás y propagadores de principios disolventes. ¡Ah! No es esta, dice, la simiente que yo sembré en el ánimo del que forma mis delicias; no es este el fruto que yo esperaba de mis afanes; Señor, yo sembré el buen grano que tú me diste, el trigo de la divina palabra: ¿de dónde viene, pues, esta zizaña, *unde ergo habent zizania?*

Una es la respuesta que siempre se recibe del cielo en tales casos, y la hallamos en el Evangelio de hoy: *Inimicus homo hoc fecit*. El enemigo implacable, mío y del género humano, es quien ha causado daño tan grande.

¡Ah, sí! Dormían los hombres y vino Satanás á sembrar la zizaña. Apenas durmieron los Apóstoles el sueño de la tumba, cuando se diseminaron las herejías en el antiguo mundo. En el nuevo también, apenas el sueño de la muerte había cerrado los párpados de los primeros apostólicos varones, cuando el mal empezó á germinar en nuestro suelo. ¡Olmedo, Zumárraga, Vasco de Quiroga, Pedro de Gante, Motolinía! ¿Qué hacíais cuando el espíritu de Satanás inflaba las lonas de los bajeles que, burlando toda vigilancia, arribaban á nuestras playas trayendo las obras de Lutero y demás heresiarcas, las lucubraciones de Voltaire y otros muchos pseudo-filósofos? ¡Ah! dormíais hacía ya muchos años. Reposabais en vuestros gloriosos sepulcros, y entretanto el mal cundía en este suelo regado con vuestros apostólicos sudores. Dormían igualmente el sueño del justo los Pastores que

después de vosotros vinieron, y que ya por causa de la distancia que nos separa de la Metrópoli del catolicismo, ya por razón de las perturbaciones de aquella época, no podían encontrar sucesores para reemplazarlos prontamente. Dormían, y duermen ¡ay! los que en la época presente llevan el peso de la Prelacia; pero no el sueño culpable del mayordomo negligente, no el sueño tranquilo de quien ha terminado su trabajo, sino el sueño pesado, morbosos, agitado, de aquel á quien mano enemiga ha ministrado alevoso narcótico. Duermen, sí, sin poder moverse del lecho á que han sido atados por el involuntario letargo, y entretanto la zizaña no sólo ha brotado, sino que ha tomado creces espantosas. ¿Qué hacer en tan grave conflicto? ¿Cómo salvarnos de la inminente destrucción?

¡Ah! Guardaos de imitar el irreflexivo zelo de los agricultores de la parábola, que dijeron imprudentes al Padre de familia: ¡Señor! ¿Te parece que arranquemos sin dilación la zizaña, y la arrojemos donde merece? No los imitéis, si no queréis escuchar el reproche que les fué dirigido. ¿No dijo el sembrador: dejad que el grano y la zizaña crezcan juntos hasta el tiempo de la cosecha? ¿No veis que de otra suerte, al arrancar de cuajo la mala yerba, cogeréis con ella también el trigo? Cuando llegue el tiempo, yo enviaré á los segadores con implacable guadaña; ellos á mi voz arrancarán sin piedad la zizaña, la atarán en manojos y la reducirán á cenizas, reservando el trigo para guardarlo en mi granero. *Sinite utraque crescere usque ad messem. Tunc dicam messoribus: colligite primum zizania et alligate ea in fasciculos ad comburendum.*



## II

En los campos verdaderos, aunque el grano puede corromperse, y de hecho se convierte en podredumbre, la zizaña, por el contrario, jamás cambia de naturaleza, convirtiéndose en grano. No así en la heredad de la Iglesia. En ella los que son hoy buenos pueden trasformarse mañana en alimento de corrupción, en perseguidores de la virtud, en haces de pecados; y de igual manera los que ayer eran encarnizados enemigos de todo lo bueno, pueden con la gracia de Dios hacer penitencia de sus culpas, y convertirse en vasos de elección y dechados de santidad. Mientras vivimos hay lugar al arrepentimiento, *datur locus pœnitentiæ*, dice San Jerónimo, y por tal motivo no quiere el celestial sembrador que seguemos desde luego, con guadaña inhumana, á nuestros hermanos descarriados; porque puede muy bien suceder que el mismo que ahora predica el error y esparce la herejía, de repente abraza las verdaderas doctrinas, se acoja al gremio de la Iglesia católica y empiece á defender la verdad con aquel denuedo con que antes propagaba la

herejía. *Fieri potest ut ille qui hodie depravatus est dogmate cras resipiscat, et defendere incipiat veritatem.*

Si cuando el niño Saulo, no teniendo fuerzas para arrojar piedras al protomártir Esteban, contribuía al homicidio cuidando las capas de los que apedreaban al Diácono; si cuando, crecido en años y en maldad, se dirigía á Damasco respirando sangre y amenazas contra los escogidos del Señor; si entonces se hubiera arrancado de cuajo esa pésima yerba, ¿habría llegado á ser aquel insigne Pablo, Apóstol de las Gentes, que extendió por todos lados el nombre de Cristo, y fué en vida sublimado hasta el tercer cielo? Hubo un tiempo en que Aurelio Agustino enseñaba públicamente la herejía de los Maniqueos, y en su vida privada era de costumbres tan estragadas, que aun en aquella época causaban escándalo, tenían de continuo bañada en lágrimas á la piadosa Mónica, y clamaban al cielo por venganza. ¡Ah! ¡Si los segadores lo hubieran cortado de raíz....! Creyendo hacer á la Iglesia un servicio, la habrían privado de uno de sus más sabios doctores, de uno de sus más insignes santos, del fundador de un orden monástico que ha florecido por siglos, de un santo Padre cuyos escritos forman por sí solos una biblioteca, del gran Agustín, en una palabra, cuyas admirables máximas, agudos dichos y profundas doctrinas, se oyen en la cátedra cristiana casi tanto como los inspirados versos de la Divina Escritura. Ved á esa mujer, que tiene horrorizada á toda la ciudad con su vida disoluta y nauseabunda; tropiezo de muchos, tentación de todos, piedra de escándalo de buenos y malos; vedla cómo por espeso bosque se dirige en el silencio de la noche á provocar al desdichado joven que tiene preso



en sus torpes redes. *Señor, ¿quieres que vayamos y arrojemos al fuego esa inmunda zizaña; vis imus et colligimus ea?.....* ¿Qué hacéis? ¡Deteneos! ¿Adónde vais, desdichados segadores? Dejad que crezca esa yerba, ahora nociva y pernicioso; dejadla, que será la flor más fragante de Cortona, y esparcirá aun en el cielo suavísimos olores. Dejadla; que llegará á ser una de las santas más insignes y predilectas de Jesús, y la venerarán los hombres en los altares bajo el nombre dulcísimo de la penitente Margarita. ¡Ay! El infeliz mancebo que fué su cómplice ha sido segado antes de tiempo por horrible muerte, y no nos queda otro consuelo que derramar inútiles lágrimas sobre su sangriento cadáver. ¿Queréis que suceda lo mismo con la que es hoy perla de Italia por su mal empleada hermosura, y lo será en breve por su santidad?

¡Mas ay! No toda la zizaña se convierte en trigo, y los ejemplos que acabo de aducir, si bien no son los únicos, sí son rarísimos, en extremo raros. No es la conversión de los malos el único objeto que mueve al Señor á dejarlos sobre la tierra, mezclados con los fieles guardadores de sus mandamientos, sino como nos dice San Agustín, para el ejercicio y perfección de los buenos los conserva, *per eos exercentur*. En efecto, sin un Judas traidor, un Pilatos cobarde, unos Fariseos envidiosos, un pueblo perverso, no habría consumado Jesucristo en la cruz el misterio glorioso de la Redención. Sin los Nerones y Domicianos no podríamos registrar en los fastos de la Iglesia los gloriosos martirios de Pedro y de Pablo, de las Ineses y los Lorenzos, de los Sebastianes y las Águedas, de los Vicentes y las Eulalias. ¿Qué mérito habría

tenido la fé de los cristianos del cuarto y del quinto siglo, sin los cismas y las herejías que desgarraron la Iglesia é hicieron caer á muchos, flaquear á no pocos?

Suponed por un instante que al empezar el falso Profeta Mahoma á predicar sus absurdas doctrinas, hubiera segado su funesta existencia la hoz ineludible de la Justicia divina. ¿Dónde estarían las gloriosas historias de tantas luchas y tantos triunfos, de tantos combates y tantos sacrificios por la religión verdadera? ¿Se habría acendrado tanto la viva fé, característica de nuestros antepasados y de nuestra raza, sin los ocho siglos que tuvo España en su suelo á los musulmanes?

Pero comienzo á divagar, Hijos míos, y me olvido que el sol empieza á calentar vuestras descubiertas cabezas. Preciso es terminar; pero antes permitidme felicitar á vuestro pueblo, por haber hallado en él tanto trigo, por haber descubierto tan poca zizaña. Si edificado quedé hace tres años cuando os hice la primera pastoral visita, ahora lo he quedado mucho más, pues he notado desde luego en vosotros mayor conformidad de ideas y mejores disposiciones. Entonces (no quisiera recordarlo) no faltó entre vosotros quien se opusiera á la reedificación de vuestra iglesia, reducida hace ya varios años á cenizas por la guerra civil. Hoy sé que ya los cimientos se han abierto de nuevo, y que está hacinado el material para las paredes que en breves días se habrán levantado. Esto me prueba que los que se oponían á la reconstrucción del templo han mudado de parecer; que la poca zizaña que había entre vosotros se ha convertido en trigo, y que puedo esperar que el día tremendo del juicio, ni uno solo de vosotros sea atado en las haces que han



de alimentar el fuego del infierno, sino que todos sin excepción hallen cabida, como buen grano, en las trojes celestiales.

¡Concédelo á este indigno Pastor, oh Dios de bondad, que en breves instantes vas á descender sacramentado á esta misma nave, que mecen las ondas del río cristalino, obra de tus manos y testimonio de tu grandeza! Vé qué campo escogido, sembrado de fieles cristianos, se extiende en la ribera. Todos son grano tuyo, ¡oh Señor! Cuando venga el tiempo de la siega dí á tus ministros que á todos los recoja en tu granero, *congregate in horreum meum*. Ten misericordia de esta turba tan piadosa, como la tuviste de aquella que te seguía por las márgenes del lago de Genezaret, y que alimentaste milagrosamente con cinco panes y dos pececillos. También esta muchedumbre ha venido á mi encuentro y al tuyo, ha escuchado tu palabra predicada por mi boca, ha permanecido ya largo tiempo en la orilla y en las barcas que me circundan, pendiente de mis labios. Pues busca primero el reino de Dios y su justicia, dale ¡oh Señor! por añadidura, como prometiste, los bienes temporales de que ha menester para mejor servirte y honrarte. Multiplica sus cosechas, dá á sus campos lluvia en abundancia, haz crecer sus dulcísimas cañas, puebla sus árboles de sabrosas frutas. Bendice este río que hoy santificas de un modo especial: lleven siempre sus ondas la fertilidad y la abundancia á las regiones que bañan; nutran en su seno saludables y numerosísimos peces. Sea la fuerza y la laboriosidad el distintivo de los varones que beben estas límpidas aguas; sean la piedad y la gallardía la herencia de las mujeres que en ellas vienen á

llenar sus cándidas hidrias: el temor de tu santo Nombre los alimente á todos y los sostenga en esta vida de prueba. ¡Oh Sol de justicia! Que tus rayos se reflejen siempre en los corazones de estos mis diocesanos, á cuyas playas arriba, así como ese sol que tu creaste se retrata en los líquidos cristales de este río caudaloso, que en tu nombre bendigo, con ambas sus riberas y los cristianos habitantes que las pueblan. Así sea.

